

Los cristianos lo llaman Pascua

EN el final de su libro

Presencias reales, George Steiner nos recuerda que vivimos en un día que se ha convertido en el más largo: es el día del sábado. Sin la obra de arte —ésta es su tesis— no podríamos tener paciencia en la espera del domingo.

La espera del domingo recorre sin embargo todos los tiempos y todas las culturas. Se oculta bajo la mole de las pirámides; está en la luz que se filtra en las catedrales góticas; dibuja la arena de un jardín zen; anima, en fin, tantos proyectos, horizontes y utopías como se han trazado y se trazan a lo largo del largo sábado.

La espera del domingo viene espoleada por la injusticia intolerable y por la memoria de las víctimas. Son ellas quienes proyectan su sombra alargada y terrible sobre proyectos y sueños, las que les plantean la pregunta radical. Hasta tal punto que lo sensato parecería renunciar a ellos, hacer el elogio de la aldea y exprimir de la finitud sus pocas gotas de consuelo.

Pero lo insensato se impone una y otra vez a lo sensato: profetas, reformadores, iluminados vuelven a aparecer anunciando el domingo, afirmando su realidad y haciendo incluso planes para alcanzarlo. Inmune a las evidencias en su contra, el domingo vuelve

con su amanecer a teñir de rosa el horizonte, anunciando
que «todo irá bien
toda suerte de cosas irá bien
cuando las lenguas de llama se enlacen
en el nudo postrero de fuego
y el fuego y la rosa sean uno».

(T. S. Eliot, **Cuatro cuartetos**).

Nadie como Bloch —¿ya olvidado?—
ha hecho el recurso de los múltiples proyectos utópicos,
tan distintos en cada época, pero todos con un sentido
común, con «una dirección que se nos aparece como lo
único inmutable en la historia. Dicha, libertad, no-
alienación, Edad de Oro, tierra en la que fluyen leche y
miel, lo eterno femenino, la señal de las trompetas en
Fidello y el Cristo después de la resurrección»
(**El principio esperanza**).

No parece casualidad que sea resurrección la última
palabra. Otras muchas se han acuñado expresando el
mismo anhelo y algunas de ellas aparecen en la cita. Pero
resurrección expresa, a partir de una historia real, uno de
los sueños más altos: aquel en el que la realidad no está
condenada a repetirse, porque cada momento está grávido
por la promesa de su eternidad. En el que los seres
humanos serán transformados sin dejar de ser ellos
mismos. En el que las víctimas obtendrán su satisfacción
centuplicada. En el que, como dice el Apocalipsis, para
quienes padecieron esos infortunios ya no habrá luto ni
llanto ni muerte ni dolor.

Resurrección entraña a la vez espera y tarea, mística y
práctica. Un equilibrio difícil que lleva, en camino de ida
y vuelta, de la contemplación al quehacer, con el hilo
común de la esperanza. Un proceso permanente —«¿es
que no lo veis?»—, decía Isaías— de creación de lo nuevo.

Los cristianos lo llama Pascua.
(Carlos F. Barberá, director de «Alandar»)

Los cristianos lo llaman Pascua

